







4  
de la que ha estado y recordado, mien-  
tra que se acuerda de la madre y de  
la que ha estado y recordado, mien-  
tra que se acuerda de la madre y de

disponestas parecen estar estas familias de  
habian pensado, y es un gusto ver que  
resultado de lo que ha estado y recordado,  
man de familia. Esta ha tenido un  
dad de caridad o mas bien de nuestra  
miendo, y para distraer, voy a hablarle  
que soporadas con valor esto desobedi-  
mida y reventada en su presencia. Despe-  
que una idea de no agrado en la hece ti-  
cero que me ha mucho tiempo que me he  
so como un hombre que se agreda, pero  
miles ha hecho que estas dos personas  
casí... ¿Vera mi, imagino que solo la li-  
tan solo: ¿cuanto tiempo que estas apar-  
me con gran atención y parece estar nota-  
george, Nordero buen doctor escocaba  
le como varios ramos de bondad de la  
la dije: ¿reguntado a ella, y después  
so se colorado. Yo me eché a reír y  
«¡Yo escucho esto, las imposibilidades  
miedo, como voy, por ejemplo, doctor»  
nosa hacia las personas justas y de  
ser una madre de corazón generoso y a se-  
de, comparada de los que surgen y a se-  
niente amable, pero no por eso de la  
ella a visitar la sala donde han puesto  
ir a trabajar. Hace poco que fui con  
ta sus hijos durante el día para poder  
pedirle las madres pobres que admi-  
de los niños de la escuela, porque no cesan  
Quiere conseguir un local mas espacio-  
pedidamente, es una verdadera madre,  
de su escuela, y para los huérfanos, es  
ocupada incesantemente con los niños  
los pobres. La madre del pastor está  
to acompañarla a las visitas que hace a  
de dar dinero. La condesa P. tiene una  
puede hacerse mucho bien sin necesidad  
beneficios estímulos, y es indudable que  
sea mas accesible al poder si recibe  
permanece, en fin, de consagrarse, se ha  
para para mejorar su situación, y la es-  
de luz y aire puro. El trabajo, la indu-  
primas, las tintas de su vida, un poco  
porvenir, es hacer que se penetren en las  
momentos, deseos y esperanzas de mejor  
que hablan de sus hijos, pensamientos, su-  
dar ocasión a los pensamientos para  
se ha hecho es moribundo, pues solamente  
aseguro, hermano mio, que el bien que  
se aumenta la simpática hacienda ellos, y le  
entra en los pensamientos de sus miseria,  
se va a visitar a los pobres a su casa y  
tal vez, como acabó de decirte. Cuando  
protejas a los amigos y a una mas tierna  
los y a que formen sus diversos y a los gen-  
nuevo género a hacer amigos a las gen-

nos, porque no miramos.  
que no comieramos, y que no lo locura.  
en medio del Paraiso, nos mandó Dios  
«Mas de la fruta del arbol, que está  
memos»  
de los arboles, que hay en el Paraiso, co-  
«A la cual dijo la mujer: «De la fruta  
arbol del Paraiso»  
os mandó Dios, que no comierais de todo  
«A la cual dijo a la mujer: «Por que  
había hecho el Señor Dios, para que  
que todos los animales de la tierra que  
««Pero la serpiente era mas astuta  
me astutamente.» Levó:  
tradiciones que he hallado, hace tiempo que  
todo que he leído por que estas cosas  
antigua y primitiva historia; pero ante  
poco que me ayudéis a explicarlas, esta  
Hertha dijo un día a Nordin: «¿Es su-  
«La serpiente»  
««Pero la serpiente era mas astuta  
tradiciones que he hallado, hace tiempo que  
todo que he leído por que estas cosas  
antigua y primitiva historia; pero ante  
poco que me ayudéis a explicarlas, esta  
Hertha dijo un día a Nordin: «¿Es su-  
«La serpiente»  
««Pero la serpiente era mas astuta  
tradiciones que he hallado, hace tiempo que  
todo que he leído por que estas cosas  
antigua y primitiva historia; pero ante  
poco que me ayudéis a explicarlas, esta  
Hertha dijo un día a Nordin: «¿Es su-  
«La serpiente»

Ingeborg encontró a su madre extraor-  
dinariamente agitada; acababa de recibir  
una invitación para un gran baile que  
se daba en la vecindad por el conde N.,  
gentil hombre de cámara del rey. «Todo  
lo mejorito de la sociedad de la ciudad,  
y de los contornos irá allá», decía la se-  
ñora Uggla; «el baron P., la condesa  
S., etc., y por lo tanto es absolutamente  
preciso, Ingeborg, que te se compre un  
vestido nuevo de seda para entonces.»  
«En este momento, madre mia!» dijo  
Ingeborg, «cuando a consecuencia del in-  
cendio se han quedado sin tener que po-  
nerse tantas gentes! ¡Oh, si quisiera com-  
placerte, dadme el dinero que costaría  
y dejad que lo emplee a mi gusto!»  
«Pero, hija mia, ¿tú no puedes ir al  
baile con un vestido viejo?»  
«Pues bien; no iré a él!» respondió  
Ingeborg.  
«No ir a ese baile!» exclamó aterro-  
rizada la señora Uggla.  
«No, no iremos, madre mia», contestó  
Ingeborg con mas firmeza de la que  
acostumbraba. «Yo sé que no ireis por  
complacermi, y quiero mejor quedarme  
en casa.»  
«Tanto te valia hacerte monja por  
completo y entrar en seguida en un con-  
vento», dijo la señora Uggla con cierto  
aire de despecho. «Tú te has propuesto  
hacerte vieja antes de tiempo y tener  
una vida singular y contraria a lo natu-  
ral.»  
«¿Estais tan cansada de mí, madre  
mia, que deseais desbarbaros de mí a  
toda costa? ¡Entonces seria bien des-  
graciada!»  
«No estoy cansada de tí, querida hi-  
ja», dijo la pobre mujer suspirando,  
«pero no he de querer lo que te conven-  
ga? Yo sé que tienes mal carácter, sobre  
todo desde la muerte de tu padre, y que  
no eres feliz conmigo; esto me desespera,  
y mas que nada verte pasar la vida  
de esta suerte, perder la salud, tener ja-  
queca y oír admirarse a las gentes de  
que no estás casada. Yo sé que podrías  
haber logrado ya un buen matrimonio  
si hubieras sido razonable, y si, como  
las demas jóvenes, te tomaras un poco  
de trabajo para agradar.»  
«Es un trabajo que no me tomaré  
nunca», respondió Ingeborg, «al menos  
como vos lo entendéis. Si no he de hallar  
marido mas que por mi traje y modo de  
bailar, no me casaré nunca. Pero ¡qué  
vida, mamá! esta es una cosa de que ya  
hemos hablado y en que hemos pensado

mucho y debemos dejarla en manos de  
Dios; tratemos, pues, de pensar en no  
ocuparnos mas que, por ejemplo, en ha-  
cer dichosa nuestra vida interior y ser-  
vir a Dios según el talento que nos ha  
dado. Decidme, mi querida mamá, ¿no  
os parece que tengo mejor salud y que  
estoy mas contenta desde hace algun  
tiempo?»  
«Seguramente que sí.»  
«Y la razon es que he comenzado a  
ocuparme de otra cosa que de bailes y  
comidas, de otra cosa que buscar el pla-  
cer, que os aseguro es el trabajo mas po-  
sado, sobre todo para quien no es ya  
muy jóven. ¿Queréis permitirme, que-  
rida mamá, que continúe como he em-  
pezado?»  
«¡Ah! tú no entiendes esas cosas»,  
replicó la madre tristemente, «y estaré  
atormetada hasta que te cases... Tú no  
sabes lo que es vivir sola con poca fortu-  
na. Yo, desgraciadamente, lo sé, y por  
eso te deseo otra suerte. Pero si te agrada,  
no pondré obstáculo. ¡A pesar de que  
lo mismo me daría verte en un conven-  
to!» Y la señora Uggla entró en su cuar-  
to sumamente agitada.  
«¡Pluguiese a Dios!», dijo suspirando  
Ingeborg, «que hubiese conventos en  
nuestro país! Porque debé ser hermoso  
y grande vivir sostenida por un deseo  
comun de santificarse, cantando himnos  
santos y dedicando su vida, poseída de  
los mismos afectos que los de sus her-  
manas, a un servicio que no es el del  
mundo y que da la paz de la conciencia... Pero, continuó alzando los ojos  
al cielo, «¿a qué echar de menos lo que  
es imposible? Pidamos mas bien a Dios  
que me ilumine en lo que debo hacer  
ahora.»  
Un resplandor parecido al que anuncia  
el advenimiento de un nuevo día, pen-  
tró en el alma de Ingeborg y recordando  
la conversacion que había tenido  
por la tarde con Hertha y el doctor,  
comprendió que tenía tambien que cum-  
plir una vocación, arrojándose ante su  
vista un nuevo y mas dilatado hori-  
zonte.  
Una nueva confianza en la providencia  
de Dios y el sentimiento íntimo de que  
elegía el buen camino que Dios la marca-  
ba, llenaron su alma de un gozo purísi-  
mo, y entrando en la habitación de su  
madre, la abrazó diciéndola: «No os  
inquietéis por mí, madre mia, porque so-  
ré dichosa, os lo aseguro.»  
La pobre madre la miró asombrada:

pero cuando Ingeborg trató de hacerla  
comprender las ideas y sentimientos que  
llenaban su corazón, la contuvo y la  
dijo:  
«Tú eres una buena hija, Ingeborg;  
vales mas que tu pobre madre; quizá  
tengas razon, ¿pero qué quieres? yo soy  
de la escuela antigua y no comprendo  
nada de las nuevas ideas. Quien tendrá  
razon, Dios solo lo sabe. Haz lo que te  
parezca mejor.»  
Así que estuvo sola en su cuarto,  
puso Ingeborg su ramito de flores silves-  
tre junto a su cama, y estuvo meditan-  
do por largo rato la dulzura de una vida  
tan nueva para ella; vida consagrada a  
ser útil a los demás, y rodeada de nobles  
y juiciosos amigos. Aquellos pensamientos  
eran tan gratos a su corazón como el  
perfume de las flores que tenía a su lado,  
y se hubiera dormido tranquilamen-  
te a no ser por la mirada que la había  
dirigido el doctor Hedermann al separar-  
se de ella. ¿Qué significaba? ¿y cuál se-  
ria la pregunta que tenía que hacerla?...  
Entonces era ya demasiado tarde para  
mirarla así... ¡si hubiera sido siete años  
antes!... ¿pero entonces era posible?...  
E Ingeborg no pudo pegar los ojos en  
toda la noche.  
La señora Uggla no durmió tampoco,  
no pudiendo consolarse de que perdiera  
tan bella ocasión y se decía: «Decidida-  
mente la han vuelto loca esas ideas mo-  
dernas! ¡Pobre hija mia, no se casará  
nunca! estoy segura.»  
Pero hé aquí que entra en su casa la  
señora Tupplander extraordinariamente  
escitada; tira sobre un mueble el chal y  
el sombrero y exclama: «¡Señorita Krus-  
biorn! ¡señorita Krusbiorn! ¡Venid a oír  
noticias! ¡Tengo que contaros un bello  
escándalo! No quiero seguramente que  
se divulgue, pero es preciso que se haga  
la luz. Figuraos que ha venido con su  
hijo a la ciudad Amelia Hard, haciéndose  
llamar Winter... por su familia según  
pienso; habita la casa que ha transformado  
en escuela de niños y que dirige, y  
no hay duda que una mujer como ella,  
dará una hermosa instruccion! ¡Qué  
pensais de esto? ¡Es necesario no tener  
vergüenza! Y ademas sé que recibe en su  
casa y de noche las visitas de un jóven  
que debe ser el padre de su hijo. Toda-  
via no sé quien es, pero lo sabré... ¿No  
es esta una linda historia?»  
Y la mujer del pastor y Mimmi Svan-  
berg sufren todo esto. Tal vez Hertha se